

LA INDIFERENCIA EN TIEMPOS DEL COVID-19

30

Olga Consuelo Vélez¹⁴

RESUMEN

La pandemia del covid-19 trajo muchas consecuencias para la humanidad. Una de ellas es constatar que existen otras pandemias, como la de la indiferencia, la cual afecta a grandes sectores de la humanidad, manteniendo desigualdades e injusticias de mucho tipo. El interés de esta reflexión es denunciar esta pandemia de la indiferencia e invitar a salir de ella, trabajando por la transformación de la realidad. Salir de la apatía y la irresponsabilidad nos fortalecerá para seguir afrontando este virus y hará posible un tiempo de pospandemia que permita una vida más digna y plena para todos y todas.

Palabras clave: pandemia, pandemia de la indiferencia.

¹⁴ Doctora en Teología por la Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro, profesora jubilada de la Pontificia Universidad Javeriana, profesora e investigadora de la Fundación Universitaria San Alfonso. Miembro del Comité Teológico de la Conferencia Episcopal Colombiana. Autora de diversos libros y artículos.

Introducción

Vivimos en la era de la *globalización económica*, tecnológica, política, social y cultural gracias a la creciente comunicación entre los distintos países del mundo. Esto ha traído la riqueza de la información casi inmediata y de muchos procesos conjuntos que ayudan al desarrollo global. Sin embargo, como denunció el Papa Francisco también se puede dar la «globalización de la indiferencia», la cual describe así:

Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera (EG 54).

En su última encíclica *“Fratelli Tutti”* (2020), el Papa Francisco reconoce también las bondades de la globalización, pero denuncia «esa indiferencia cómoda, fría y globalizada, hija de una profunda desilusión que se esconde detrás del engaño de una ilusión: creer que podemos ser todopoderosos y olvidar que estamos todos en la misma barca. Este desengaño que deja atrás los grandes valores fraternos lleva a una especie de cinismo» (FT 30).

La pandemia del covid-19 reveló, una vez más, la pobreza extrema que viven millones de seres humanos en el mundo y, frente a la cual, continuamos indiferentes, sin hacer lo suficiente para erradicarla. De hecho, la pobreza implica falta de agua, de comida, de vivienda, de trabajo, de conectividad y, en tiempos de pandemia, todo esto ha hecho imposible para tantos hermanos y hermanas pobres los requisitos mínimos para afrontar la cuarentena, el distanciamiento físico, el lavado permanente de manos y el uso de tapabocas. Por lo tanto, queremos presentar algunas situaciones donde esa cultura de la indiferencia -en tiempos de pandemia- muestra nuestra insensibilidad. Pero, también, queremos mostrar que la esperanza empuja a muchos corazones a transformar esa realidad. Por eso, podemos señalar algunas experiencias donde la solidaridad se ha impuesto, o como dice el texto bíblico «el trigo ha vencido la cizaña» (Mt 13, 24-30). Finalmente, invitaremos a apostar por algunas actitudes de cambio que harán posible, en tiempo de pospandemia, que la vida sea más digna y plena para todos y todas.

1. La cultura de la indiferencia

Nuestro objetivo, en este punto, es poner en práctica la fraternidad/sororidad¹⁵ y exige darle nombre, rostro, realidad a las situaciones de indiferencia en que vivimos. Nos referiremos a tres experiencias -aunque hay muchas más- que puntualizan esa cultura de la indiferencia y que son de urgente transformación.

La indiferencia ante las situaciones de pobreza

Ya hicimos referencia a esto, pero profundicemos un poco más. Esta pobreza nos interpela mucho más hondo cuando caemos en la cuenta de que se vive en un continente católico como el Latinoamericano. Así se denunció en la III Conferencia del episcopado latinoamericano, celebrada en Puebla (1979):

Vemos a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas. Esto es contrario al plan del Creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos y que tienen la capacidad de cambiar (DP 28).

La indiferencia se refleja en que esta situación no ha mejorado desde entonces, sino que se ha agravado. Francisco habla de los «pobres, los abandonados, los enfermos, los descartados, los últimos» (FT 2). Pero frente a ellos, existe un «estilo elegante de mirar para otro lado que se practica recurrentemente bajo el ropaje de lo políticamente correcto o las modas ideológicas, se mira al que sufre sin tocarlo, se lo televisa en directo, incluso se adopta un discurso en apariencia tolerante y repleto de eufemismos» (FT 76). Además, la indiferencia no es solo mirar para otro lado. Tiene otras actitudes «viscerales» que muy bien denominó la filósofa Adela Cortina como «Aporofobia». Este término significa «miedo al pobre» o «disposición personal o institucional en contra de las personas pobres que va, desde la invisibilización y el rechazo, hasta el crimen de odio» (Cortina, 2017). Por eso, nuestra indiferencia ante los descartados y excluidos de la sociedad tiene, además de estas connotaciones de aporofobia, homofobia, racismo, xenofobia, etc., lo que la hace más dolorosa y, por lo tanto, más urgente de transformar.

Solo un corazón que recuerda que en otros momentos pasó necesidades y fue socorrido es capaz de ayudar

15 Añadimos el término “sororidad” (amor entre hermanas) porque hoy tenemos más conciencia de la necesidad de visibilizar el lenguaje femenino para ayudar a la promoción de las mujeres.

La indiferencia frente a la violencia ejercida contra las mujeres

La pandemia también ha revelado las proporciones de esta violencia. Según datos de Aliansalud (EPS), del primero de agosto, en que empezó el aislamiento preventivo, a diciembre de 2020, en Colombia se evidenciaron 456 asesinatos de mujeres; se practicaron 8.134 exámenes médico-legales por presunto delito sexual; 248 suicidios de mujeres, de los cuales 109 casos muy probablemente están asociados a conflictos con la pareja, violencia física, psicológica y sexual. Estos datos no son solo muestra de nuestra realidad nacional. La violencia contra las mujeres constituye una verdadera pandemia que ocurre en todos los lugares y en todas las clases sociales de todo el mundo. La violencia no es solo física, sino también psicológica y de barreras para acceder a puestos de responsabilidad y niveles de decisión. El Papa Francisco ha denunciado muchas veces esta situación y, el pasado 25 de noviembre Día internacional de eliminación de la violencia contra las mujeres, escribió el siguiente Tweet: «Con demasiada frecuencia las mujeres son ofendidas, abusadas, violadas, inducidas a la prostitución... Si queremos un mundo mejor, que sea una casa de paz y no un patio de guerra, todos debemos hacer mucho más por la dignidad de cada mujer» (citado por Lomocano, 2020). Además, en su reciente encíclica afirma: «De modo semejante, la organización de las sociedades en todo el mundo todavía está lejos de reflejar con claridad que las mujeres tienen exactamente la misma dignidad e idénticos derechos que los varones. Se afirma algo con las palabras, pero las decisiones y la realidad gritan otro mensaje. Es un hecho que doblemente pobres son las mujeres que sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia porque frecuentemente se encuentran con menores posibilidades de defender sus derechos» (FT 23). Este punto ameritaría una reflexión muy seria y fundamentada sobre categorías como feminismos, género e ideología de género. No tenemos el espacio suficiente para desarrollarlo. Pero hay mucha confusión, prejuicios y mentiras -en la sociedad y en la iglesia- sobre esas categorías. Esa falta de claridad conceptual y existencial lleva a que, sin quererlo, se favorezca más esa violencia.

La indiferencia de la migración

En la *Fratelli Tutti* el Papa Francisco dedica el Capítulo IV -Un corazón abierto al mundo entero- a proponer un mundo sin fronteras que haga posible el «derecho de todo ser humano de encontrar un lugar donde pueda no solamente satisfacer sus necesidades básicas y las de su familia, sino también realizarse integralmente como personas. Nuestros esfuerzos ante las personas migrantes que llegan deberían resumirse en cuatro verbos: acoger, proteger, promover e integrar» (FT 129).

En Colombia los migrantes venezolanos, en agosto de 2020, eran de 1.722.919, un 5.8% menos que los que había antes de la pandemia y han seguido retornando a su país ya que todos no encuentran cómo sobrevivir aquí. Pero, de todas maneras, sigue habiendo millones de migrantes en toda América Latina, en América del Norte y en Europa. La indiferencia frente a esta realidad viene acompañada de xenofobia. Aquí vale la pena recordar lo que el libro del Deuteronomio le decía al pueblo de Israel: «Si cosechas tu viña, no vuelvas a por más uvas. Serán para el migrante, el huérfano y la viuda. Recuerda que fuiste esclavo en el país de Egipto» (Dt 24, 21-22). Solo un corazón que recuerda que en otros momentos pasó necesidades y fue socorrido es capaz de ayudar a los que hoy están en esas situaciones límite. Junto a esto, la «Casa común», sobre lo que tanto ha insistido Francisco en la Encíclica *Laudato Si* (2015) y en *Querida Amazonía* (2020), ha de ser casa de todos los hijos e hijas de Dios. Para esto es necesario «construir puentes en lugar de levantar muros» (Francisco, 2019).

2. La cultura de la esperanza

El Papa termina el primer capítulo de la encíclica con unas palabras de esperanza: «A pesar de estas sombras densas que no conviene ignorar (...) Dios sigue derramando en la humanidad semillas de bien» (FT 54). Y esto lo hemos constatado también en la pandemia. Francisco habla del «diálogo y la amistad social», de la «cultura del encuentro», de la «caridad social y política» e, incluso, convoca «a rehabilitar la política, que es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común» (FT 180). No habla de la «civilización del amor» que es una expresión más propia del pontificado de Pablo VI. Sin embargo, vemos que todas las expresiones del Papa Francisco son maneras de concretar una civilización que ponga por delante el amor, que su objetivo sea el bien común, en otras palabras, «una caridad social que nos hace amar el bien común y nos lleva a buscar efectivamente el bien de todas las personas, consideradas no sólo individualmente, sino en la dimensión social que las une» (FT 182).

La pandemia nos ha permitido ver que la esperanza tiene la última palabra; muchos se han detenido ante los caídos en el camino (Parábola del Buen Samaritano, Lc 10, 25-37). Aunque podríamos señalar muchas realidades de esperanza, en aras del espacio que tenemos, nos limitaremos a tres:

El personal sanitario

Hemos podido constatar como todos los que prestan servicios de salud se han dispuesto, con muchísima generosidad, a atender a los enfermos del coronavirus. Han arriesgado su propia vida, sus jornadas de trabajo han sido y siguen siendo extenuantes y se han conmovido, “desde las entrañas”, frente al sufrimiento de los enfermos. Y no solo han servido desde su tarea profesional, sino que han quedado expuestos a discriminación por parte de otras personas en sus unidades habitacionales o en el transporte público. Sorteando con esa situación en contra, el personal sanitario ha sabido entregar lo mejor de sí, incluso llegando a perder su vida, muchos de ellos.

Los maestros y maestras y la virtualidad

Especialmente en las zonas rurales y en todos aquellos lugares donde la pobreza es una barrera casi infranqueable, los maestros y maestras han superado con creces la falta de medios tecnológicos para llevar adelante la educación virtual. Hemos sido testigos de verdaderos heroísmos; de maestras que recorren puerta a puerta las casas de sus estudiantes, facilitándoles guías y talleres para que sus estudiantes no perdieran la posibilidad de avanzar en sus estudios. Es verdad que, a nivel general, esa educación no ha podido mantener estándares de calidad, como sí lo han conseguido las poblaciones que cuentan con todas las herramientas. Pero, tal vez, es el momento de valorar esa educación integral que va más allá de unos contenidos por aprender y se hace real en la solidaridad, entrega y dedicación del personal docente que con creatividad, dedicación y entrega han hecho mucho más de lo que los medios objetivamente les permiten.

La creatividad y disposición para otras formas de ser iglesia y de participar en las celebraciones litúrgicas

Aunque personalmente pienso que la pandemia nos cuestionó profundamente sobre la vivencia sacramental, en el sentido de que antes que rito el sacramento es vida (Vélez, 2020), los esfuerzos por alimentar la espiritualidad y mantener la animación comunitaria han sido grandes y muy valiosos, lo mismo que motivar la vivencia de la iglesia doméstica, esa de la que tanto hablamos y que ha podido ponerse en acto en este tiempo de pandemia. Los esfuerzos de vivir la fe a través de las redes sociales muestran la riqueza de posibilidades que estas encierran y la creatividad que estos medios permiten.

Conclusión

Toda situación límite revela las luces y sombras que tenemos al afrontarla. Pero lo más importante es poder transformar y superar esas situaciones. El desafío que tenemos es no salir de la misma manera después de la pandemia. Es necesario aprender de ella y ser mejores personas, construyendo sociedades donde la vida para todos y todas pueda ser garantizada. Propongo entonces tres apuestas para que el mundo de la pospandemia pueda ser distinto, superando la indiferencia y fortaleciendo la fraternidad/sororidad en nuestro mundo.

- Detenernos ante los caídos en el camino por culpa de las actuales estructuras sociopolíticas y económicas. El Papa Francisco en una homilía en 2016 ya habló de cómo salir de la indiferencia, refiriéndose al texto la resurrección del hijo de la viuda de Naín (Lc 7, 11-17): “No solamente ver: mirar. No solamente oír: escuchar. No sólo cruzarse con alguien: detenerse. No sólo decir ‘qué pena, pobre gente’, sino dejarse inundar por la compasión. Y luego acercarse, tocar y decir, en el lenguaje que a cada uno le surge en ese momento, en el lenguaje del corazón: ‘No llores’, y «dar al menos una gota de vida» (Francisco, Homilía, 2016). En la encíclica *Fratelli Tutti* el Papa, haciendo referencia la parábola del Buen Samaritano, invita a una reflexión más honda: no es solo pararnos ante el caído en el camino sino a los «caídos en el camino» a nivel social, es decir, todos aquellos desamparados de las instituciones sociales que solo funcionan para el interés de unos pocos (FT 76). Por eso una apuesta pospandemia es buscar nuevas maneras de organización social, política, económica que garanticen la vida digna para todos y todas.

- Reforzar la vivencia de la dimensión social de la fe. Francisco en la Exhortación *Evangelii Gaudium* (177-128) dedica todo un capítulo a la dimensión social de la evangelización. En *Fratelli Tutti* invita a mantener vivo un sentido crítico sobre la realidad y reaccionar cuando se ven tendencias negativas. La catequesis y la predicación deben incluir de modo más directo y claro el sentido social de la existencia, la dimensión fraterna de la espiritualidad, la convicción sobre la inalienable dignidad de cada persona y las motivaciones para amar y acoger a todos (FT 86). La dimensión social de la fe es inherente a quien comprende la propuesta de Vaticano II de que ya no es posible hablar de dos niveles de realidad -lo sobrenatural y lo natural- sino que Dios se revela en la historia (*Dei Verbum* 2) y por eso, como lo dice claramente Mt 25 es norma de la vida cristiana reconocer al Señor en los descartados de la sociedad. En ese reconocimiento se juega la participación en el banquete del reino (Lc 14, 15-24) y, por ende, la salvación definitiva.

En definitiva, salir de la cultura de la indiferencia nos abre el camino para construir una sociedad con «sabor a evangelio» (FT 1), sociedad que solo es posible si se empieza con los últimos: Si hay que volver a empezar siempre será desde los últimos (FT 235).

Referencias

- Cortina, A. (2017). Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia. Barcelona: Paidós.
- Francisco. (2015). Encíclica Laudato si. http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html
- Francisco. (2016). Misas Matutinas en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, "Por una cultura del encuentro", http://www.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2016/documents/papa-francesco-cotidie_20160913_cultura-encuentro.html
- Francisco. (2019). Ceremonia de acogida y apertura de la Jornada Mundial de la juventud, Panamá. Viaje apostólico a Panamá: Ceremonia de acogida y apertura de la JMJ en el Campo Santa María la Antigua – Cinta Costera (24 de enero de 2019) | Francisco (vatican.va)
- Francisco. (2020). Querida Amazonia: Exhortación apostólica postsinodal al pueblo de Dios y a todas las personas de buena voluntad (2 de febrero de 2020) | Francisco (vatican.va)
- Francisco. (2020). Encíclica Fratelli Tutti. http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html
- Lomonaco, A (2020). El Papa y la plaga de la violencia contra las mujeres, una profanación de Dios - Vatican News.
- Vélez, C. (2020). "De la eucaristía sacramental a la eucaristía existencia". https://www.religiondigital.org/fe_y_vida/eucaristia-sacramentalexistencial_7_2223447649.html